



Conferencia Episcopal de Colombia

SERMÓN DE LAS 7 PALABRAS

“EN DIOS PONEMOS NUESTRA ESPERANZA”

DESDE LA CRUZ:

Las últimas 7 palabras de Cristo, reflexiones de los obispos colombianos.

1. **Primera Palabra:** “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. (Del Evangelio de San Lucas, capítulo 23, versículo 34): El perdón como camino de esperanza. Monseñor Wiston Mosquera Moreno, obispo de la Diócesis de Quibdó.

Mi saludo para todos ustedes, hermanos. Me ha correspondido dirigirme a ustedes al iniciar el Sermón de las Siete Palabras en este Viernes Santo, y me ha correspondido precisamente esa primera palabra del sermón con la cual Jesús se dirige a toda la comunidad y desde luego, también se dirige, sobre todo, al Padre.

“*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” vamos a encontrar allá en el capítulo 23, versículo 34 del Evangelio de Lucas. Iniciamos este recorrido por las palabras de Jesús que mira desde lo alto de la cruz a quienes lo injurian y se burlan de él, gritándole infinidad de palabras ofensivas e invitándolo a bajarse de la cruz y salvarse a sí mismo ante los ataques de quienes lo ofendían.

Él guarda silencio. Él calla porque no va a responder a esos agravios y de esa manera, como seguramente lo haríamos muchos de nosotros, es Jesús el inocente. Es Jesús el inocente condenado a muerte, y por eso desde el árbol de la cruz no hace otra cosa que exclamar a Dios su Padre: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Lo hace porque sabe de la gran misericordia que hay en el Padre para con todos sus hijos. Y es ese el motivo por el cual nuestro amor al Padre debe ser con todo el corazón, con toda el alma, con todo nuestro ser. Porque Él nos amó primero. Esto hay que entenderlo, porque es esa la forma, queridos hermanos, que tenemos para acercarnos a Dios, para acercarnos a Cristo, para acercarnos a los hermanos.

No podemos olvidar que Jesús, El Justo, es el que ha ido a la cruz. No podemos olvidar que El Justo desde la cruz también da el gran testimonio que durante su vida pública ya Él había dado a sus oyentes: el testimonio de amar, incluso a los enemigos. ¡Cómo nos cuesta cuando entendemos esto! O cuando le escuchamos simplemente el testimonio de amar a sus enemigos. Y es aquí donde cobran tanto valor esas palabras del pobre de Nazaret. Porque si algo necesita nuestro país, Colombia, hoy, es que depongamos el odio enfermizo que se ha arraigado en tantas personas y, como ayer, sigue llenando de sangre y desesperanza a tantas comunidades, a tantos hermanos.

¿Sangre y desesperanza? Sí, por una sencilla razón, y lo sabemos todos, creo yo, los colombianos, lo que acaba de pasar en el Catatumbo, lo que está pasando aquí en el departamento del Chocó, lo que está pasando en el Cauca... Son tierras regadas también de sangre, por lo que hemos visto que viene aconteciendo día tras día en estas comunidades y desde luego en todas las ciudades del país. Quibdó no es la excepción.

Jesús, Él jamás tuvo rencor hacia quienes lo llevaron al patíbulo de la cruz, jamás hubo odio en su corazón, jamás albergó venganza en su corazón. Su humildad estuvo a prueba de todo, incluso para pedir perdón por aquellos que eran sus agresores. Ese es Jesús con nosotros, para pedir perdón por aquellos que eran sus agresores.

Eso que nos enseña Jesús hoy es lo que nos dice que nunca debemos perder nuestra esperanza en el Hijo eterno del Padre, que sigue apostando por nosotros, invitándonos a tener esa capacidad de perdonarnos unos a otros y llenar siempre de esperanza y motivos para vivir a nuestra comunidad, a nuestros pueblos, a nuestras familias. Motivos para vivir en esta querida Colombia, porque Colombia es un espacio maravilloso, pero lastimosamente a veces nosotros mismos la hacemos invivible.

En nuestra cotidianidad muchísimas veces hemos olvidado el mandamiento del perdón y por eso motivo, se viven épocas de tensiones, enfrentamientos a sangre y fuego, muertes por doquier. Colombia no sale aún de esa espiral de violencia que nos sigue acompañando como si ese fuera el designio para un país que busca la paz, para un país que quiere el perdón, para un país que quiere la reconciliación, la verdad, la justicia, la no repetición de hechos tan macabros que le han hecho daño y le siguen haciendo daño a toda una comunidad; macabros e inhumanos que, además, han marcado, por supuesto, la historia republicana de esta querida nación.

Delante de la cruz de Cristo, hoy los invito: Examinemos nuestra vida con total honradez delante de la cruz de Jesucristo. Aquí tenemos al Cristo de Bojayá, delante de Él, que sigue entregándose, sigue dándose por todos nosotros. Examinemos nuestra vida porque nos invita

Él precisamente a hacerlo hoy con total transparencia, con honradez. Es decir, que si yo voy a la Eucaristía, si yo participo de la Eucaristía, si yo digo que creo en Él, cómo le voy a hacer daño a otros, cómo le voy a hacer daño a la humanidad, cómo le voy a hacer daño al ecosistema, cómo le voy a hacer daño al cosmos, cómo le voy a hacer daño justamente a esta gran barca, que llamamos también la barca de la Creación.

Para construir un mejor país en el que podamos vivir todos hoy, hoy hay especialmente espacio para cada uno de nosotros. Sí, porque cabemos en Colombia, pero nos estamos peleando por un pedacito de tierra, como si fuéramos a llevarnos eso hasta la tumba. Nos dice su Santidad el Papa Francisco en esa carta que él envía con motivo del Gran Jubileo de la Esperanza, del Gran Jubileo de este año que estamos nosotros ahora atravesando, nos dice para que lo tengamos presente: *“Todo esto será posible si somos capaces de recuperar el sentido de la Fraternidad Nacional, de la Fraternidad Universal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños vivir de manera humanamente digna”*. Y eso es lo que necesitamos.

Por eso yo quiero que este mensaje ojalá cale lo más profundo, lo más hondo de nuestro ser y que este tiempo que estamos viviendo de la Semana Mayor, sea verdaderamente un espacio para la reconciliación, para el arrepentimiento, pero también para que nosotros nos sintamos ojalá en esa magna resurrección de Jesucristo o magna celebración, resucitados con el Señor, cuando estemos celebrando el sábado, la Vigilia Pascual.

“Pues el pecado no debe convertirse en un acompañante permanente en nuestra vida, porque tenemos conciencia y esta no engaña a nadie”. Ojo, la conciencia suya y la mía no nos engaña. Así como nadie calla a la conciencia, que todo el tiempo está remarcando, recordándonos aquellas acciones que realizamos y con las cuales hacemos daños graves a otros, o a otras, o a la misma sociedad.

Oigamos las palabras que nos dice el Señor en tantos pasajes de la Sagrada Escritura; nos dice a través de Isaías “Escuchen las enseñanzas de nuestro Dios”. Isaías nos lo recalca: “Escuchen todos”, escuchemos las palabras de nuestro Dios. Y cuando dice eso, pues nos va a decir a renglón seguido “Miren, lávense”. Sí, necesitamos lavarnos del pecado; “purifiquense”, purificarnos de tanta maldad que seguramente puede estar carcomiendo nuestra vida. Luego nos va a decir: “Aparten de mi vista sus malas acciones” ¡Fuerte! Fuerte, que lo diga, porque a veces, sí, puede ser que estemos rezando en la Iglesia, rezando en el culto, rezando por aquí, rezando por allá, abrazándonos a un árbol porque decimos que no creemos en Dios, ni en la Iglesia, ni en nada, pero creemos a la naturaleza. Y entonces abrazamos un árbol o haciendo seguramente meditaciones de yoga. Pero a veces somos impotables en el trato con el más cercano, en el trato con el otro, y eso nos invita a cada uno de nosotros, por lo tanto, a que revisemos de verdad nuestra propia vida, a que revisemos de verdad nuestro propio ser. “Aprendan a obrar el bien”, dice el Señor a través de Isaías. “Busquen la justicia, que, aunque sus pecados sean rojos como escarlata, quedarán blancos como la lana” ¡Fantástico que lo diga de esa manera! “Quedarán blancos como la lana”. Y es ahí entonces donde nos damos cuenta que hay una promesa grande, la promesa que nos hace

el Señor, que nos hace entender que la esperanza en Dios es la mejor vía para llenar de amor y paz nuestras vidas: Esperanza en Dios. Por eso Jesús, desde el árbol de la cruz, clama al Padre y clama por nosotros: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Lo hace una vez más, justamente para que nosotros también lo entendamos a Él en este día. ¡Pero, ¿Qué bueno saber eso!

Desde aquí, en la meditación de esta primera palabra, hoy yo me permito invitar a quienes siguen creyendo que la violencia y la muerte son el camino: ¡Les digo que no! La violencia y la muerte no son el camino. La esperanza es Cristo, que se entrega por todos y por todas, y nos abre la conciencia para no matarnos, para que dialoguemos, para que vivamos. Porque con la violencia y la muerte nadie gana, todos perdemos. Todos, absolutamente todos y todo lo perdemos con la violencia.

¿De qué sirve que las personas estén allá enfrentadas de tantas maneras? Y cuando pierden la vida ¿A quién le queda todo lo que usted tanto luchó? Seguramente a alguien que jamás lo luchó. Por lo tanto, hoy, Jesús nos está hablando al corazón. Pongamos atención a sus palabras y dejemos ojalá y de verdad, que a todos nos llegue hasta lo más profundo de nuestro ser ese mensaje del Señor. Pero también hago ese llamado desde aquí a quienes están, por supuesto, moviendo los hilos desde la clandestinidad, para que entiendan que todos los pueblos en Colombia queremos vivir en paz. Todos los pueblos, todas las familias, queremos vivir en paz, con libertad o libre movilidad, con salud y ojalá con respeto para todos, y ante todo, ojalá con los servicios también públicos domiciliarios en óptimas condiciones, para todos, para todas.

Porque Colombia es una. Parecería que tuviéramos unas 15 no sé cuántas Colombia, porque no es sino recorrer el país y recorrer territorios como este, que lo acabo de hacer otra vez, por una gran parte, una gran franja de esta querida diócesis de Quibdó, y se encuentra uno con situaciones lamentables que parece que no fueran de nuestro departamento o, ante todo, no fueran de esta querida nación colombiana.

Con esta palabra en el sermón: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Quiero que percibamos cómo Jesús quiere iluminar nuestra vida y la vida del mundo. “Que toda oscuridad desaparezca, porque Él es la luz del mundo”. Él es la luz de nuestras vidas. Él es la luz de la humanidad. Él es la luz de las gentes. Y esto clama hoy al cielo, para que no sigamos cometiendo tantas barbaridades, creyendo que nada de eso Dios lo reprocha. Sí lo reprocha, sí lo detesta. No tendremos y no tendrán sentido la oración, las caminatas de hoy en los viacrucis que hayamos hecho. No tendrán sentido los golpes de pecho o las flagelaciones en este día, si nuestros malos hábitos o comportamientos del pasado no desaparecen de nuestra vida para ser hombres, ojalá, y mujeres, nuevos, reverdecidos en Cristo resucitando con el Señor.

Que el Señor Jesús hoy nos bendiga a todos, nos ayude a reflexionar recibiendo su perdón y aprendiendo a perdonar de verdad, como Él mismo nos lo ha enseñado a todos nosotros. Que

el Señor los bendiga, los guarde a todos y cada uno de ustedes y los siga tratando con bondad. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

2. **Segunda Palabra: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. (Del Evangelio de San Lucas, capítulo 23, versículo 43): Esperanza y vida eterna. *Monseñor Rodrigo Gallego Trujillo, obispo de la Diócesis de Palmira.***

Cuando pensamos en este texto, necesariamente nos tenemos que remitir a pensar en la grandeza del hombre que la corona de la creación, creado a imagen y semejanza de Dios. La persona puesta en el Paraíso, en plena comunión con su Creador.

Dios, que pensó al ser humano en libertad, en amor, en armonía, la criatura en comunión con el Creador. Pero aparece ese drama tremendo, terrible, donde el pecado, la muerte del hombre, el ser humano. Cuando aparece esa tragedia que se traduce, de modo práctico, en el egoísmo, el hombre se aísla de esa pretensión de Dios de mantenerlo en el paraíso, en comunión con él.

Y no hay peor tragedia para el ser humano que la realidad de egoísmo, el egoísmo recluye a la persona sobre sí misma, en sí misma, para sí misma. El egoísmo es esa triste realidad que nos cierra a los otros, la posibilidad de conocer a los demás, de aprender de nosotros, de entregar lo que Dios mismo nos ha dado.

El egoísmo nos hace cultivar nuestras propias pretensiones, anclarnos en nuestros caprichos para apretarnos, digámoslo así, en estos ideales tantas veces rastros del mar, construidos. Por eso, cuando en esta vida hay egoísmo, aparecen los signos de la desesperanza. El corazón ambicioso y egoísta se va centrando solamente en aquello que le puede brindar bienestar, placer, poder, según sus criterios.

Pero cuando nosotros nos abrimos a esa maravillosa experiencia del Espíritu Santo y de alguna manera estamos permitiendo que el Espíritu traiga el paraíso a nuestra vida, todo cambia. Y entonces empezamos a ver la vida con la ilusión de la esperanza, de la eternidad, de una vida temporal unida a Él.

¿Cuántas veces nosotros nos hemos negado a la posibilidad de la realización plena aquí porque no llegamos a Dios? La realización plena del hombre no está en el querer cosas, no está en la acumulación de las riquezas. Y hay que pedirle al Señor esa gracia. San Pablo lo advirtió: “*La raíz de todos los males es la amistad del dinero*” ¡Cuánto mal! ¡Cuántas maldad! ¡Cuántas situaciones de pecado en nuestra sociedad que brotan precisamente de esa idolatría terrible y desesperante frente al dinero! Allí está la esperanza del hombre. Todo eso es fugaz.

Pero cuando nosotros tomamos conciencia de esta temporalidad y nos damos cuenta de que nuestra vida es una vida muy breve, como lo dicen los Salmos, a veces, que se parece a la hierba que crece en el pecado, rápidamente se seca. Cuando nos damos cuenta de esa realidad, aprovechamos el tiempo al máximo y entonces aprendemos a entender que nuestra vida unida a la cruz de Cristo es como una saeta, como una flecha que se lanza hacia el horizonte, hacia el futuro.

Y en ese recorrido nosotros vamos impregnando la vida de los demás con alegría, con entusiasmo y con esperanza, como se ha recalado en este año, con motivo del Año Santo convocado por su Santidad, el Papa Francisco. ¿De qué manera nosotros podemos hacer presente hoy ese paraíso de Dios? ¿Y cómo responder a esa pregunta de todo ser humano que hay después de la muerte? ¿Existe la eternidad? ¿Hay trascendencia? ¿Qué sentido tiene la vida cuando vivimos a veces en el diario discurrir de la existencia, en medio de tantas dificultades, pruebas, escaseces, carencias, dolores, sufrimientos, tantos signos de muerte y de sangre?

Y yo encuentro una respuesta muy clara: Quiero que eso sea un anuncio de esperanza para todos: La Eucaristía. La Eucaristía que constituye, diría un autor espiritual, la montaña por donde se llega a la contemplación de Dios, es inefable amor. La Eucaristía, que recoge lo temporal. El Eterno une el cielo con la tierra en un mar amigo. Y lo celebrábamos ayer en la institución de la Divina Eucaristía, la Cena del Señor. Porque ahí se queda y permanece para nosotros. La Eucaristía es la concreción cercana para nosotros del Paraíso. Casi que podríamos decir que en cada misa Jesús nos dice “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Estás aquí, Señor.

Quiero invitarlos a todos, queridos hermanos, para que, tomando conciencia de este Año Santo, de la necesidad de ser signo de esperanza para los demás, nos tomemos en serio eso de que los cristianos tenemos que ser luz para otros; sal porque impregnamos de gusto la vida del prójimo; y fermento, porque vamos contagiar positivamente a alguien más con las virtudes cristianas.

Que este Año Santo sea el único y que esta Pascua traiga para nosotros bendición, redención y un entusiasmo por el Paraíso de Dios.

3. Tercera Palabra: “Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre”. (Del Evangelio de San Juan, capítulo 19, versículo 26): Las madres, creadoras de esperanza. **Monseñor Juan Manuel Toro Vallejo, obispo de Girardota.**

Es muy significativo que en el sermón de las siete palabras aparezca la figura de María en la realización del gran Misterio Pascual cuando Jesús afronta el momento de su muerte.

Pero no nos podemos quedar en una contemplación de piedad por el dolor de María, que en efecto fue real: “y a ti misma una espada te traspasará el alma”, sino que debemos contemplar el significado profundo de la Palabra de Dios:

Junto a la Cruz... Estaba su madre...Estaba el discípulo al que amaba...

La Cruz, que es la entrada en la experiencia del misterio Pascual, es un lugar donde se dan cita una NUEVA MADRE, que no esperaba el discípulo, y un NUEVO HIJO que no esperaba la Madre.

Ya Jesús nos había dicho: “*cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*”, y es porque la CRUZ es la puerta que atravesándola nos permite un nuevo nacimiento: no en vano la Solemne Vigilia Pascual tiene una liturgia clave: la liturgia bautismal, donde se reconoce que gracias al misterio Pascual que inicia con la muerte de Jesús en la cruz, nos engendra a cada uno de nosotros como hijos de Dios llamándonos al gozo de la resurrección, nuestra Gran Esperanza, siendo así que en la cruz acontece una gran maternidad: la puerta para nacer de nuevo a la vida inmortal, acontecimiento salvífico que requiere una figura: María.

No es raro entonces contemplar que María es la única persona que aparece en los tres momentos claves de la salvación:

1. EN LA ANUNCIACIÓN, donde el hijo de Dios se encarna para nacer como hombre
2. EN LA CRUZ en la que entra el hombre en el misterio Pascual para nacer como hijo de Dios, que es el significado de la liturgia bautismal en la solemne Vigilia Pascual,
3. Y EN PENTECOSTÉS donde la comunidad nace como iglesia por la acción del Espíritu Santo.

María al pie de la cruz, entonces, se convierte en el Icono perfecto para entender el tema central de la reflexión de esta semana: “En Dios ponemos nuestra esperanza”, porque la fe de María acompañando a su Hijo que muere es la cruz, es la fe que necesitamos para vislumbrar la resurrección y como ella, las madres de hoy están llamadas a ser creadoras de esperanza.

La importancia de la cruz, brilla cuando el Maestro nos decía “*Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo tome su cruz y sígame*”, pero junto a la cruz estaba María, y al pie de la cruz, Jesús nos la entregó como madre en la persona de Juan... y el discípulo la “acogió en su casa”. Benedicto XVI en una audiencia general 2.009: “*la acogió en su casa, Así dice*

la traducción italiana, pero el texto griego «eis tá idia», es mucho más rico, más profundo: Acogió a María en lo íntimo de su vida, en la profundidad de su ser". "Acoger a María, entonces, significa introducirla en el dinamismo de toda la propia existencia -no es algo exterior."

La intención de Jesús en aquel momento era, ciertamente, la de establecer la maternidad universal de María en la vida de la gracia con respecto a cada uno de los discípulos de entonces y de todos los siglos.

Imposible, entonces, mirar a María como un apéndice de la vida de la Iglesia, ni como una flor que se coloca para embellecer la liturgia. NO; se hace necesario descubrir en ella un MINISTERIO muy peculiar en la vida de la Iglesia: SER MADRE DE TODOS LOS CREYENTES; no en vano, dice lumen Gentium: "es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza".

María, por su nuevo Ministerio de maternidad en el orden de la gracia, es acogida como Esperanza nuestra, por lo que en este Año Jubilar 2.025 acompaña de una manera especial a la Iglesia, donde todos somos hijos suyos, como miembros del cuerpo de su Hijo Jesucristo.

Que María es Madre nuestra, es UNA VERDAD IRREVOCABLE; pero que nosotros vivamos como hijos suyos... HE AHÍ EL PROBLEMA.

¿CÓMO VIVIR HOY COMO HIJOS DE MARÍA?

No puede haber otra respuesta que a la manera de Jesús; de allí que ella nos enseñara "*HAGAN TODO LO QUE ÉL LES DIGA*".

Que la Virgen María nos ayude a caminar a todos juntos, como hijos suyos como peregrinos de la esperanza. Amén

4. **Cuarta Palabra: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. (Del Evangelio de San Mateo, Capítulo 27, versículo 46): El grito de la esperanza. Monseñor Orlando Olave Villanova, obispo de la Diócesis de Ocaña.**

Esa cuarta palabra la encontramos, queridos hermanos, tanto en el Evangelio de Mateo como en el Evangelio de Marcos, y está en el marco de la crucifixión del Señor.

Dice el texto de Mateo: "Desde el mediodía hasta las tres de la tarde se oscureció toda la tierra. Cerca de esta hora, Jesús gritó con voz fuerte. "¡Eloi, Eloi, lama sabactani! "Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?".

Al escucharlo, algunos de los que estaban presentes dijeron: “Ese llama a Elías. De inmediato, uno de ellos corrió a tomar una esponja. La empapó en vinagre, la enrolló en una caña y le daba de beber. Otros, en cambio, decían *“Déjalo. Veamos a ver si viene Elías a salvarnos. Palabra del Señor”*.

Esa palabra de Jesús encierra un grito, un grito de dolor, pero también un grito de esperanza. Es la experiencia del Crucificado, pero una experiencia que se debe enmarcar en toda su vida. Es esa experiencia del que entiende el dolor, comprende el dolor, comprende el sufrimiento. Pero en él, en ese grito, está el sufrimiento de todos los hombres, todas las mujeres de toda la historia, del mundo, de la tierra que clama a Dios.

Pero es un grito que incluso desde el Antiguo Testamento, ya el Salmo 22, ese hombre también que sufría, lo proclama. Y entendemos que Jesús no es un grito de desespero sin solución, es un grito de realidad, es un grito que entiende el dolor de las personas, pero sobre todo es un grito que después aparece también en el Salmo 22, como lo decía, aparece esa experiencia del que confía en Dios, del que espera en el Señor, del que siente que también, lo va a decir el salmo más adelante: *“Señor, sacia aquellos que lo buscan. Llega a cumplir la promesa de estar con el que le ama”*. Esa es la experiencia del Jesús crucificado, un Jesús que entiende que su Padre, en medio del dolor, en medio del sufrimiento, está con él.

Ese grito de dolor de Jesús es también el grito de los hombres y las mujeres en la historia. También hoy, como el Señor, gritamos a Dios, clamamos a Él su presencia frente al dolor de la muerte, frente a la corrupción, frente al abandono, frente a la violencia. Son esas violencias que han marcado nuestra historia en nuestro país.

Una violencia que sigue generando muertes, desplazamientos, como lo hemos vivido en estos tiempos en el Catatumbo y en tantas regiones de nuestro país. También escuchamos el grito de dolor de estos hombres y mujeres, de los niños, de los jóvenes que claman a Dios pidiendo auxilio, que quizás también sienten, como Jesús, que han sido abandonados. Pero en medio de esa realidad también aparecen la corrupción de nuestro país, el abandono de nuestras comunidades, jóvenes sin esperanza, mujeres que han sido abandonadas con sus hijos, jóvenes consumidos por las drogas, realidades humanas trágicas.

Ese grito también sigue hoy siendo lanzado a la historia, pero es un grito que se encuentra con ese grito de Jesús, con ese grito que no oculta el dolor. En este relato que nosotros escuchamos, vemos cómo algunos no entendieron; algunos se hicieron los desentendidos o se confundieron.

También ese grito dolor a veces no es escuchado por nosotros, no escuchado por los gobernantes no escuchados por el vecino. Qué bueno nosotros saber escuchar el grito de dolor, saber salir al encuentro de esos hermanos, saber buscar con ellos la transformación de nuestras realidades. El Papa nos insiste en que debemos aprender a llorar con los que lloran.

Aprender a escuchar ese grito de lamento que hay, no dejarnos imbuir por realidades que no son positivas. Pidámosle al Señor que nosotros miremos a Jesús, al crucificado, gritando: “*¿Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?*” También hoy, no cerremos nuestros ojos a esas realidades.

Pero frente a ese grito de dolor, frente a ese lamento de Jesús, nosotros caminamos en la esperanza. Este año, es el año de la esperanza. Nuestras iglesias están haciendo tantos signos de esperanza y entendemos que cada día nosotros también podemos ver ese Jesús en nuestros hermanos, caminar juntos.

Nosotros en nuestra Diócesis de Ocaña estamos hablando de ser peregrinos de la esperanza, animados por el Espíritu Santo. Y esa es la fuerza que nos tiene que nosotros hacer levantar. Esa es la fuerza que hizo que Jesús, en medio de su dolor, creyera en el Padre, como el salmista en ese Salmo 22, que confía en Dios, que cumple sus promesas. También nosotros podemos, en medio de la realidad compleja, sin duda, sin desconocerla, levantarnos, caminar, mirar hacia adelante con, con alegría, con confianza en Dios. Un Dios que está en la historia, un Dios que camina con nosotros. No es un Dios que deja botado a la persona del camino, es el Dios del buen samaritano que nos levanta, nos lleva en su cabalgadura.

Pero nosotros también tenemos que ser esos buenos samaritanos, ser peregrinos de la esperanza, caminar juntos. Que el Señor en este tiempo de Semana Santa, en este Santo Triduo Pascual, en este día penitencial, nos ayude todos los días a ser mensajeros de la esperanza, ser peregrinos de la esperanza, a anunciar la esperanza, como ese camino que nos levanta, como ese camino de respuesta al “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado”?

5. **Quinta Palabra: “Tengo sed”. (Del Evangelio de San Juan, capítulo 19, versículo 28): Los que claman esperanza. Monseñor Dimas Antonio Acuña, obispo de El Banco.**

Desde la cruz, Jesús pronuncia un grito que trasciende lo físico: “*Tengo sed*” (Jn 19, 28). No se trata solo de la necesidad corporal de agua, sino del anhelo profundo de la salvación de la humanidad. Su sed es expresión de su amor sin medida y de su deseo ardiente de que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2, 4). Este clamor resuena aún hoy en quienes buscan consuelo, justicia y esperanza.

Para comprender mejor este misterio, la Sagrada Escritura nos remonta a la travesía del pueblo de Israel en el desierto, después de cruzar el Mar Rojo. Durante tres días sin agua, el pueblo se deja dominar por la desesperanza y olvida la grandeza del prodigo divino que los liberó. En su angustia, Dios les muestra su fidelidad transformando las aguas amargas en dulces (cf. Ex 15, 22-25). Este episodio nos enseña que, aun en los momentos más difíciles, la misericordia de Dios se manifiesta.

Hoy, en Colombia, esta sed se expresa en quienes claman paz, en los desplazados por la violencia, en los jóvenes que buscan oportunidades y en las comunidades marginadas que esperan justicia y dignidad. En la Diócesis de El Banco, muchas familias enfrentan la pobreza, el abandono estatal y la falta de oportunidades. Como Iglesia, estamos llamados a ser signo de esperanza en medio de esta realidad. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que “el amor de la Iglesia por los pobres pertenece a su constante tradición” (CEC 2444), y en ellos Cristo sigue diciendo: “*Tengo sed*”.

Jesús mismo nos ofrece la respuesta a esta sed cuando proclama: “*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*” (Jn 7, 37). San Pablo, en su carta a los Corintios, nos recuerda que “*la roca de la que bebió Israel en el desierto era Cristo*” (cf. 1 Cor 10, 4). Solo en Él encontramos la fuente de agua viva que sacia toda necesidad y transforma las realidades más áridas en manantiales de vida.

Sin embargo, el Señor no obra solo, sino que suscita mediadores, como lo hizo con Moisés. En el desierto, Dios convirtió un simple madero en instrumento de salvación al endulzar las aguas para su pueblo (cf. Ex 15, 25). Hoy, la Iglesia es llamada a ser ese instrumento de transformación. La paz y la justicia no se reducen a la ausencia de conflicto, sino que se construyen día a día en la búsqueda de un orden querido por Dios (cf. CEC 2304).

Vivir la esperanza es mirar el futuro con alegría, confiando en que Dios actúa incluso en medio de la prueba. Quien pierde la esperanza, se cierra a la acción transformadora de la gracia. La historia de Israel nos muestra que, aun cuando el pueblo olvidó los prodigios divinos, Dios siguió obrando, haciendo brotar agua de la roca en el desierto. Somos seres limitados, pero llamados a hacer cosas ordinarias con fe, para que Dios realice lo extraordinario.

En nuestra sociedad actual, dominada por el bullicio y las distracciones, muchas personas viven situaciones límite que los llevan a la desesperanza. El sufrimiento, la injusticia y la incertidumbre parecen nublar la capacidad de ver más allá del presente inmediato. Sin embargo, la fe nos enseña que Dios no nos abandona. La historia de la salvación está llena de ejemplos en los que el Señor interviene en favor de su pueblo, respondiendo a su clamor con generosidad y misericordia.

El clamor de Jesús en la cruz nos recuerda que su sed es también la sed de aquellos que sufren. Los pobres, los enfermos, los perseguidos y los marginados representan el rostro de Cristo en el mundo actual. La Iglesia, fiel a su misión, debe ser un oasis de esperanza para ellos. Como lo enseña el Magisterio, “la caridad es el alma de la justicia y la paz” (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 208). Responder a este llamado implica un compromiso activo en la transformación de las estructuras injustas y en la promoción de la dignidad humana.

En este Año Jubilar de la Esperanza, el clamor de Cristo en la cruz nos recuerda que Dios no es indiferente a nuestro dolor. Nuestra respuesta debe ser de generosidad y compromiso con quienes claman esperanza. La Diócesis de Colombia y especialmente la de El Banco, tienen

el desafío de ser un signo visible del amor de Dios, respondiendo con acciones concretas a las necesidades de los más vulnerables a través de la evangelización, la promoción humana y el acompañamiento pastoral.

La sed de Cristo es también la sed de una humanidad que busca sentido, verdad y amor. No podemos ignorar el sufrimiento de tantos hermanos que viven en el abandono y la exclusión. La Iglesia debe ser una fuente de agua viva en medio del desierto de la indiferencia y la desesperanza. Nos corresponde hacer realidad las palabras de Jesús: “Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (Mt 5, 6). La justicia de Dios no es un castigo, sino una manifestación de su amor que eleva, dignifica y transforma.

Que esta Quinta Palabra nos impulse a ser verdaderos instrumentos de esperanza y paz, como lo expresó San Francisco de Asís: “Oh, Señor, hazme un instrumento de tu paz”. Que nuestra vida sea testimonio del amor de Dios que sacia toda sed y da sentido a toda existencia. Que podamos ser testigos de la acción de Dios en medio del mundo, llevando consuelo y esperanza a quienes más lo necesitan, confiando en que, así como Cristo transformó la cruz en redención, también transformará nuestras pruebas en fuentes de vida y gracia. Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo. Amén.

6. Sexta Palabra: “Todo está cumplido”. (Del Evangelio de San Juan, Capítulo 19, versículo 30): El creyente, portador de esperanza. Monseñor Edgar de Jesús Mejía Orozco, obispo auxiliar de Barranquilla.

Abordar esta frase fuera del amplio contexto de la vida de Jesús puede llevarnos a una idea errónea de lo que él desea con ella comunicar, pues podría pensarse que se trata de una expresión de fracaso, de derrota. Todo llegó a su final, no hay más nada que hacer. Esta interpretación está bastante alejada de la intencionalidad del Crucificado.

Las narraciones evangélicas nos muestran a un Jesús que encarna en su existencia la realización de la gran esperanza mesiánica, la intervención salvífica, definitiva, de Dios en la historia, su Reino; él está convencido de que, con sus palabras y sus obras, Dios está derrotando la fuerza del mal estableciendo un nuevo orden. Jesús ha entregado toda su vida por este ideal y esto se hace patente, de modo definitivo, ahora que está clavado en el madero para cumplir definitivamente la misión que el Padre le ha confiado: la salvación del mundo. Su sacrificio en la cruz es la expresión de que la obra que Dios ha puesto en sus manos, aquello por lo cual ha trabajado a lo largo de su vida, llega ahora a su consumación, es decir, ha sido llevada a cabo totalmente.

“*Todo está consumado*”, es decir, Jesús, el Cristo, Nuestro señor y Salvador, ha hecho bien la tarea. Esto es lo que Pedro quiere resaltar cuando predica en la casa de Cornelio: “... Jesús de Nazaret...Pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38). Hizo lo que le correspondía hacer, cumplió a cabalidad su misión. Su vida entregada a la obra buena le abrió el camino definitivo de salvación al género humano.

En un mundo plagado de oscuridad, en el que las fuerzas contrarias al plan salvífico de Dios se manifestaban de muchas maneras, incluso en su contra, El Nazareno hace notar a quienes abren el corazón a su mensaje que la última palabra no la tiene el imperio del mal, que es posible tener un horizonte nuevo; les enseña que Dios está a su favor, que no los ha abandonado, que la vida puede ser distinta; los ayuda a salir de sus pecados, de sus extravíos, de sus frustraciones, de sus miedos, de sus inseguridades, se convierte para ellos en motivo de esperanza.

“Todo está consumado” porque Cristo, nuestra esperanza, con su entrega en la cruz, le da sentido a todo el camino recorrido en su vida, y con ello a toda la historia humana. El Crucificado es el signo de una vida realizada plenamente en medio de la más grande adversidad, es la expresión de que aún en la mayor oscuridad se puede tener esperanza; incluso la cruz entra bajo esta nueva óptica, pues ella quedará envuelta en la luz de la resurrección.

“Todo está consumado” porque la obra de Dios ha llegado a su plenitud en la entrega de Jesús en la cruz. Ese mismo Jesús, que murió y resucitó, hoy sigue haciéndose presente en medio de nosotros, con su obra buena para decírnos que es posible que la luz del bien brille en medio de la oscuridad del mal. Él nos sigue visitando a través de su Palabra, cuando nos reunimos a orar –“donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos” (Mt, 18,20) -, se acerca a través de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, de la gente que nos ama y amamos auténticamente... Sigue llegando para llenar nuestra vida de esperanza, para decírnos que en medio de nuestra sociedad colombiana marcada por signos del mal tales como la corrupción, la violencia, el narcotráfico, la vulneración de los derechos humanos, las ideologías sesgadas, la pobreza extrema, el desempleo, la guerra, las desigualdades socioeconómicas, etc., es posible tener esperanza porque la acción de Dios nada ni nadie la detiene. Hoy, como ayer, todos los que nos abrimos al encuentro con Jesús podemos experimentar la obra de Dios que en él se ha consumado, por ello como creyentes no podemos perder nunca la esperanza.

Jesús ha querido hacernos partícipes de su misión. Confía en que podemos realizar la obra buena para que, en este mundo en el que el mal se expresa de tantas maneras, nosotros seamos portadores de esperanza. No hay que pensar tanto en lo que el otro hace mal sino en qué debemos hacer para cumplir bien la misión que Dios nos ha confiado, bien sea como gobernantes, líderes religiosos, servidores públicos, ciudadanos, profesionales, hijos, padres, esposos, etc. Nosotros, los creyentes, hemos de ser portadores de esperanza para esta sociedad colombiana, que en ocasiones entra por el camino de la desilusión y la frustración. Hoy, el Padre Dios quiere hacerse presente con su amor a través de nosotros, como en su momento lo hizo a través de Jesús de Nazaret.

“Todo está consumado”, debería ser la frase que digamos cuando nos vemos cara a cara con Dios, en la eternidad; pero hemos de tomar conciencia de que, en nuestro compromiso de

todos los días adelantamos la experiencia del cielo aquí en la tierra, construimos el Reino; anticipamos la esperanza de la vida eterna, somos portadores de su cumplimiento en el aquí y en el ahora de nuestra historia. Por ello, "Todo está consumado", es la frase que todo creyente debería pronunciar al final del día a modo de examen de conciencia para que leyendo la jornada desde la misión que nos ha dado Dios, que es hacer el bien en todo lo que nos ha confiado, podamos revisar si, como de Jesús, se puede decir de cada uno de nosotros "todo lo ha hecho bien" (Mc 7,37), deberíamos preguntarnos, en ese momento, si con nuestra presencia, con nuestras palabras y acciones le hemos hecho frente a la oscuridad del mal, convirtiéndonos en signos de esperanza para los demás.

Cristo Jesús, nuestra esperanza, nos ayude a seguir perseverando en la fe en este año jubilar, siendo auténticos portadores de esperanza para nuestra sociedad. Él que ha iniciado la obra buena en nosotros, él mismo la lleve a término. Amén.

7. Séptima Palabra: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". (Del Evangelio de San Lucas, capítulo 23, versículo 46): Cristo, nuestra esperanza. Monseñor Edwin Raúl Vanegas Cuervo, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Bogotá.

Escuchamos la última expresión que brota de los labios de Jesús según el Evangelio de San Lucas, y se dirige al Padre en un tono de abandono definitivo. No estamos frente a una expresión de derrota, todo lo contrario, es una palabra que manifiesta el sentido profundo de la esperanza del Señor Jesús, que está puesta en la mano misericordiosa del Padre. Jesús está seguro de que Dios, su Padre, no lo abandonará en este momento de la muerte.

En esta séptima palabra está contenida toda la convicción que Jesús tiene sobre el triunfo de la vida y la luz, por encima de la muerte y la oscuridad a la que se enfrenta en esta hora decisiva. En esta expresión se encuentra el último acto de confianza de Jesús en este mundo, y que da apertura a la realización de la voluntad definitiva del Padre. No estamos frente a un grito de desesperación, todo lo contrario, la voz del Señor, elevada desde lo alto de la Cruz, es un clamor de esperanza.

Jesús en este momento final de su vida terrena, en nombre de toda la humanidad, expresa un acto de confianza en el poder de Dios, como el único capaz de vencer al último enemigo del ser humano, la muerte. Por tanto, podemos decir que Cristo es nuestra esperanza, porque su clamor en la Cruz nos ha abierto la puerta para que Dios pueda llevar a culmen su obra de salvación.

Los invito en este día, a unir la séptima palabra de nuestro Señor Jesús en la Cruz, a dos clamores latentes en medio de nuestro pueblo colombiano. Voces, muchas veces apagadas o silenciadas, que surgen donde parece que no hay salida, o donde no vemos con claridad la luz de la esperanza. Dejémonos iluminar por esta séptima palabra de Jesús y abandonémonos

en las manos del Padre, con la confianza de que Él transformará estas realidades en señales de luz y de esperanza para todos.

Primer clamor: Por la reconciliación.

Jesús en el momento de su muerte clama al Padre con voz profunda y con el abandono de quien ha cumplido cabalmente la misión para la que ha sido enviado. En la persona de Jesús hemos alcanzado la unidad de la comunión que por el pecado se había roto, por eso, Él es la reconciliación de la humanidad con Dios y de los hombres entre sí. Cristo al invocar al Padre en la Cruz se abandona como Hijo y ofrece nuevamente su obediencia a la disposición de quien lo podrá librar de la oscuridad de la muerte. Así mismo, su clamor está unido a las voces de todos aquellos que quieren restablecer el vínculo con Dios, que se había roto por la autosuficiencia y por el olvido de la bondad para la que hemos sido creados.

La reconciliación que clama nuestra historia y nuestro pueblo colombiano encuentra esperanza en la voz de Cristo, que nos une al Padre y nos renueva como hijos de Dios. En las palabras de abandono de Jesús se proclama el restablecimiento de nuestra dignidad de hijos. Al restablecerse esta dignidad podemos ver que la reconciliación que deseamos brota de nuestra vocación originaria a la vida y a la comunión con Dios.

Aunque nos sigan doliendo la violencia, la muerte, la injusticia y la división en nuestros contextos próximos, no podemos perder la esperanza de que en Cristo hemos vuelto a la vida. Renovemos en este día nuestra vocación de hombres y mujeres artesanos de la reconciliación. Que las palabras de Jesús en la Cruz nos animen para ser tejedores de relaciones armoniosas, reconciliadas, pacíficas y dignas. Dirijamos diariamente nuestro clamor de reconciliación expresando nuestra adhesión a Dios, seguros de que sólo Él puede darnos la paz y devolvernos la esperanza de un futuro donde florezca la justicia.

Segundo clamor: Por la solidaridad fraterna

Jesús en la cruz se abandona totalmente a la voluntad del Padre y le entrega su Espíritu. En este momento ofrece a su Padre el principio vital, lo más íntimo de sí, la fuerza que lo acompaña durante su misión redentora y salvadora. Es ahora cuando Jesús dona al Padre el mismo Espíritu que lo animaba a entregarse sin reservas por la causa de la humanidad, que lo hacía sentir en su interior la compasión y quien lo impulsaba a sanar, perdonar, levantar y dar vida a quienes creyeran en Él.

La entrega que hace Jesús en este momento definitivo de su misión es un acto solidario para con todos nosotros. Jesús quiere que su Espíritu continué en medio de sus hermanos la obra que Él ha llevado a culmen en el misterio de su Pascua. Esta solidaridad del Señor nos debe

animar a ser profetas de nuestro tiempo por medio de signos concretos de solidaridad entre nosotros.

La solidaridad fraterna es un don y una profecía en medio de una sociedad individualista, desanimada, desconfiada y competitiva. La solidaridad fraterna es la continuidad en el tiempo y en el espacio del lazo fuerte que, por medio del Espíritu Santo, Jesús sigue lanzando a la humanidad para que nos comprometamos en el trabajo del Reino.

Ser fraternos y solidarios es una señal de esperanza que podemos ofrecer a nuestro mundo, por medio de la acogida del migrante que ha dejado su tierra y busca un mejor futuro; ser fraternos y solidarios es una señal de esperanza cuando asistimos con caridad a quienes sufren hambre, habitan las calles o están en las cárceles; ser fraternos y solidarios es una señal de esperanza cuando podemos ver al otro a la cara libres de los prejuicios y la superioridad; ser fraternos y solidarios es una señal de esperanza cuando acompañamos a nuestros adultos mayores para que no vivan esta etapa de sus existencias en soledad; ser fraternos y solidarios es una señal de esperanza cuando cuidamos de nuestros niños y niñas para que no sufran heridas irreparables y puedan soñar con un mundo nuevo y armonioso.

En esta séptima palabra, “*Padre en tus manos encomiendo mi Espíritu*”, unamos nuestros clamores a la Cruz del Señor, seguros de que en Cristo está nuestra vida y nuestra esperanza.

Oración

Jesús, como buen samaritano, se
acerca a todo hombre
que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus
heridas con el aceite del consuelo y el vino de la
esperanza.

En esta séptima palabra de abandono nos sentimos unidos a ti Señor Jesús, y queremos
renovar nuestra vocación de hijos para ser profetas de esperanza,
por medio de la vivencia de la solidaridad fraterna en
nuestro mundo. Amén

***DOCUMENTO PUBLICADO POR EL DEPARTAMENTO DE COMUNICACIONES
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA***

